

# El lenguaje

*Introducción al estudio del habla*

por EDWARD SAPIR

... siempre los ejemplos ingleses, en que hubiera sido fácil cambiarlos por ejemplos españoles. Pero añadimos de vez en cuando (entre corchetes) alguna referencia al español, alguna aclaración, alguna nota al pie de la página, así como las traducciones de los ejemplos ingleses.

I

## INTRODUCCIÓN: DEFINICIÓN DEL LENGUAJE

EL HABLA es un hecho tan familiar de la vida de todos los días, que raras veces nos preocupamos por definirla. El hombre la juzga tan natural como la facultad de caminar, y casi tan natural como la respiración. Pero sólo hace falta un instante de reflexión para convencernos de que esta "naturalidad" del habla es una impresión ilusoria. El proceso de adquisición del habla es, en realidad, algo totalmente distinto del proceso de aprender a caminar. En este último caso, la cultura —o, en otras palabras, el conjunto tradicional de hábitos sociales— no entra propiamente en juego. Cada niño está preparado, por el complejo conjunto de factores que llamamos herencia biológica, para realizar todas las adaptaciones musculares y nerviosas que producen el acto de caminar. Puede decirse, de hecho, que la misma conformación de los músculos y de las partes pertinentes del sistema nervioso está adaptada desde un principio a los movimientos que se hacen al caminar y al llevar a cabo actividades análogas. En sentido muy concreto, podemos decir que el ser humano normal está predestinado a caminar, no porque sus mayores lo ayudarán a aprender este arte, sino porque su organismo está preparado, desde el nacimiento, y aun desde el momento de la concepción, para realizar todos esos desgastes de energía nerviosa y todas esas adaptaciones musculares que dan origen al acto de caminar. Dicho sucintamente, el caminar es una función biológica inherente al hombre.

No así el lenguaje. Es claro, desde luego, que en cierto sentido el individuo está predestinado a hablar, pero esto se debe a la circunstancia de que ha nacido no sólo en medio de la naturaleza, sino también en el seno de una sociedad que está segura —y con toda razón— de hacerlo.

mos la sociedad, y habrá todas las razones para creer que aprenderá a caminar, dando por supuesto que logre sobrevivir. Pero igualmente seguro es que nunca aprenderá a hablar, esto es, a comunicar ideas según el sistema tradicional de una sociedad determinada. O, si no, separemos al individuo recién nacido del ambiente social a que ha llegado y transplantémoslo a un ambiente totalmente distinto. Desarrollará el arte de caminar, en su nuevo medio, más o menos como lo hubiera desarrollado en el antiguo. Pero su habla será absolutamente diversa del habla de su ambiente primitivo. Así, pues, la facultad de caminar es una actividad humana general que no varía sino dentro de límites muy circunscritos, según los individuos. Su variabilidad es involuntaria y sin finalidad alguna. El habla es una actividad humana que varía sin límites precisos en los distintos grupos sociales, porque es una herencia puramente histórica del grupo, producto de un hábito social mantenido durante largo tiempo. Varía del mismo modo que varía todo esfuerzo creador, quizá no de manera tan consciente, pero en todo caso de modo tan

*verdadero como las religiones, las creencias, las costumbres y las artes de los diferentes pueblos. El caminar es una función orgánica, una función instintiva (aunque no, por supuesto, un instinto en sí mismo); el habla es una función no instintiva, una función adquirida, "cultural".*

Existe un hecho que muy a menudo ha contribuido a impedir que se reconozca en el lenguaje un sistema puramente convencional de símbolos sonoros, un hecho que ha engañado a la mentalidad popular hasta el punto de hacer atribuir al habla una base instintiva que en realidad no posee. Nos referimos a la conocida observación de que, bajo el impulso de la emoción —por ejemplo, de un dolor agudo y repentino o de una alegría sin freno—, emitimos involuntariamente ciertos sonidos que quien los escucha interpreta como indicadores de la emoción misma. Pero hay una enorme diferencia entre esta expresión involuntaria del sentimiento y aquel tipo normal de comunicación de ideas que es el ha-

bla. La primera de esas expresiones es ciertamente instintiva, pero no simbólica; en otras palabras, el sonido emitido al sentir dolor o alegría no indica, en cuanto tal sonido, la emoción; no se pone a cierta distancia —digámoslo así— para anunciar que estamos sintiendo tal o cual emoción. Lo que hace es servir de expansión más o menos automática de la energía emocional; en cierto sentido, el sonido emitido entonces es parte integrante de la emoción misma. Más aún, esas exclamaciones instintivas no constituyen una comunicación en el sentido estricto de la palabra. No se dirigen a nadie; apenas se entrecogen —si acaso se oyen— como el ladrido de un perro, el ruido de pasos que se acercan o el silbido del viento. Si transmiten ciertas ideas al oyente, esto es sólo en el sentido muy general en que decimos que cualquier sonido, y aun cualquier fenómeno ocurrido a nuestro alrededor, transmite una idea a la mente que lo percibe. Si el involuntario grito de dolor que convencionalmente se representa con "¡ay!" se considera como un verdadero símbolo del habla, equivalente a una idea más o menos como ésta: 'siento un fuerte dolor', entonces será igualmente lícito interpretar la aparición de nubes como un símbolo equivalente, portador del mensaje concreto 'es probable que llueva'. Sin embargo, una definición del lenguaje tan amplia que abarque cualquier modo de deducción pierde todo sentido.

No hay que cometer el error de identificar nuestras interjecciones convencionales (nuestro "¡oh!" y "¡ah!", nuestro "¡chist!") con los gritos instintivos en sí mismos. Esas interjecciones no son más que fijaciones convencionales de sonidos naturales. De ahí que difieran muchísimo en los diversos idiomas, de acuerdo con el genio fonético peculiar de cada uno de ellos. En cuanto tales, se las puede considerar como parte integrante del habla, en el sentido propiamente cultural de este término, puesto que no se identifican con los gritos instintivos en sí, tal como cuckoo y killdeer<sup>1</sup> no se iden-

<sup>1</sup> [El cuckoo es el cuco o cucillo; el killdeer es un ave norte-

tifican con el grito de los pájaros que esas voces designan, y tal como la música con que Rossini representa una tempestad en la obertura de *Guillermo Tell* no es en realidad una tempestad. En otras palabras, las interjecciones y palabras imitativas de sonidos del habla normal se relacionan con sus prototipos naturales del mismo modo como el arte, producto puramente social o cultural, se relaciona con la naturaleza. Podrá objetarse que, aunque las interjecciones difieren en cierta medida de una lengua a otra, presentan, sin embargo, semejanzas asombrosas y que, por lo tanto, se las puede considerar como emanadas de una base instintiva común. Pero el caso de las interjecciones no difiere en nada, pongamos por ejemplo, de las diversas formas nacionales de representación pictórica. Un cuadro japonés que represente una colina difiere de un cuadro moderno europeo que represente una colina muy semejante, y al mismo tiempo se le parece. Uno y otro se han inspirado en el mismo tipo de paisaje, y uno y otro lo "imitan". Ni el uno ni el otro son exactamente la misma cosa que el paisaje, ni son, en sentido estricto, una continuación directa del paisaje natural. Si las dos formas de representación no son idénticas es porque proceden de diferentes tradiciones históricas y se han ejecutado con distintas técnicas pictóricas. Del mismo modo, las interjecciones del idioma japonés y del idioma inglés proceden de un prototipo natural común, los gritos instintivos, y por lo tanto, de manera inevitable, se sugieren el uno al otro. Difieren a veces mucho, a veces poco, porque se han construido con materiales o técnicas históricamente diferentes: las tradiciones lingüísticas respectivas, los sistemas fonéticos y los hábitos de lenguaje de cada uno de los dos pueblos. Sin embargo, los gritos instintivos, en cuanto tales, son prácticamente idénticos en toda la humanidad, del mismo modo como el esqueleto humano o el sistema nervioso son, desde cualquier punto de vista, un rasgo "fijo" del

americana llamada así por "onomatopeya"; en el mismo caso están el tildio, pajarillo mexicano, y el benteveo, pajarillo argentino.]

organismo humano, es decir, un rasgo que no varía sino de manera muy leve o "accidental".

Las interjecciones se cuentan entre los elementos menos importantes del lenguaje. Su examen es provechoso principalmente porque se puede demostrar que aun esos sonidos, que todos convienen en considerar como los más cercanos a la expresión instintiva, sólo tienen naturaleza instintiva en un sentido superficial. Así, pues, aunque fuera posible demostrar que el lenguaje todo se remonta, en sus fundamentos primordiales, históricos y psicológicos, a las interjecciones, no se seguiría de ello que el lenguaje sea una actividad instintiva. De hecho, todos los intentos de explicar de esa manera el origen del lenguaje han sido infructuosos. No existe una prueba tangible, ni histórica ni de ninguna otra especie, que demuestre que el conjunto de los elementos del habla y de los procedimientos lingüísticos ha surgido de las interjecciones. Estas constituyen una parte muy reducida y funcionalmente insignificante del vocabulario de los diversos idiomas; en ninguna época y en ninguna provincia lingüística de que tengamos noticia podemos observar una tendencia notable a convertir las interjecciones en urdimbre inicial del lenguaje. En el mejor de los casos, no pasan de ser la orla decorativa de un amplio y complicado tejido.

Si esto puede decirse de las interjecciones, con mayor razón cabe decirlo de las palabras onomatopéyicas. Palabras como *whippoorwill*,<sup>2</sup> *to mew* ['maullar'], *to caw* ['graznar'] no son de ninguna manera sonidos naturales que el hombre haya reproducido instintiva y automáticamente. Son creaciones del espíritu humano, vuelos de la fantasía, en el mismo sentido en que lo es cualquier otro elemento del lenguaje. No brotan directamente de la naturaleza; son sugeridos por ella y juegan con ella. Así, pues, la teoría onomatopéyica del origen del lenguaje, la teoría que explica todo lenguaje como gradual evolución de sonidos de carácter imitativo, nos deja tan

<sup>2</sup> [Especie de chotacabras norteamericano, cuyo nombre se debe a onomatopeya.]

lejos del plano instintivo como el lenguaje en su forma actual. En cuanto a la teoría misma, no es más digna de fe que la teoría paralela del origen interjeccional. De muchas palabras que ahora no nos parecen onomatopéicas se puede demostrar, es cierto, que en otro tiempo han tenido una forma fonética en que se ve que fueron originalmente imitaciones de sonidos naturales. Tal ocurre con la palabra inglesa *to laugh* ['reír']. Sin embargo, es del todo imposible demostrar —y ni siquiera parece intrínsecamente razonable suponerlo— que el aparato formal del lenguaje se derive de una fuente onomatopéica; si algo proviene de ésta, será una parte ínfima de los elementos lingüísticos. Por más dispuestos que estemos, en principio, a considerar como de importancia fundamental en las lenguas de los pueblos primitivos la imitación de sonidos naturales, la realidad es que estas lenguas no muestran una preferencia particular por las palabras imitativas. Entre los pueblos más primitivos de la América aborígen, las tribus athabaskas, en el río Mackenzie, hablan lenguas en que apenas hay palabras de ese tipo, o en que faltan por completo; y en cambio, lenguas tan refinadas como el inglés o el alemán emplean a manos llenas las onomatopeyas. Este ejemplo revela qué escasa importancia tiene la simple imitación de los sonidos para la naturaleza esencial del habla.

Con esto ha quedado allanado el camino para dar una definición adecuada del lenguaje. El lenguaje es un método exclusivamente humano, y no instintivo, de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos producidos de manera deliberada. Estos símbolos son ante todo auditivos, y son producidos por los llamados "órganos del habla". No hay en el habla humana, en cuanto tal, una base instintiva apreciable, si bien es cierto que las expresiones instintivas y el ambiente natural pueden servir de estímulo para el desarrollo de tales o cuales elementos del habla, y que las tendencias instintivas, sean motoras o de otra especie, pueden dar a la expresión lingüística una extensión o un molde predeterminados. La comu-

nicación, humana o animal (si acaso se puede llamar "comunicación"), producida por gritos involuntarios instintivos, nada tiene de lenguaje en el sentido en que nosotros lo entendemos.

Acabo de hablar de los "órganos del habla", y podría parecer, a primera vista, que esto equivale a admitir que el habla misma constituye una actividad instintiva, biológicamente predeterminada. Pero no debemos dejarnos extraviar por esa simple expresión; no existen, en sentido estricto, órganos del habla; lo que hay, son sólo órganos que, de manera incidental, pueden servir para la producción de los sonidos del habla. Los pulmones, la laringe, el paladar, la nariz, la lengua, los dientes y los labios se emplean para ese objeto, pero no se les debe considerar como órganos primarios del habla, del mismo modo que los dedos no pueden considerarse como órganos esencialmente hechos para tocar el piano, ni las rodillas como órganos de la oración. El habla no es una actividad simple, realizada por uno o más órganos biológicamente adaptados para ese objeto. Es una red muy compleja y siempre cambiante de adaptaciones diversas —en el cerebro, en el sistema nervioso y en los órganos articulatorios y auditivos— que tiende a la deseada meta de la comunicación de ideas. Podemos decir que los pulmones se desarrollaron para llevar a cabo la función biológica indispensable que se conoce con el nombre de respiración; la nariz como órgano del olfato; los dientes como órganos útiles para triturar los alimentos y dejarlos listos para la digestión. Así, pues, si estos y otros órganos se emplean constantemente en el habla, es sólo porque cualquier órgano, desde el momento en que existe, y en la medida en que puede ser gobernado por la voluntad, es susceptible de una utilización para finalidades secundarias. Desde el punto de vista fisiológico, el habla es una función adyacente, o, para decirlo con mayor exactitud, un grupo de funciones adyacentes. Aprovecha todos los servicios que puede de ciertos órganos y funciones, nerviosos y musculares, los cuales deben su

origen y su existencia a finalidades muy distintas de las lingüísticas.

× Es cierto que los psico-fisiólogos hablan de la localización de la palabra en el cerebro. Esto no puede significar otra cosa sino que los sonidos del habla están localizados en el centro auditivo del cerebro, o en una parte circunscrita de este centro, tal como están localizadas allí otras clases de sonidos; y que los procesos motores que intervienen en el habla (como son los movimientos de las cuerdas vocales en la laringe, los movimientos de la lengua necesarios para la pronunciación de las vocales, los movimientos de los labios necesarios para articular ciertas consonantes, y muchos otros) se encuentran localizados en los centros motores, exactamente como los demás impulsos de que dependen actividades motoras especiales. De la misma manera, en el centro visual del cerebro radica el comando de todos los procesos de reconocimiento visual que entran en juego en la lectura. Naturalmente, los puntos o grupos de puntos particulares de localización que se encuentran en los diversos centros y que se refieren a un elemento cualquiera del lenguaje, están conectados en el cerebro por ramales de asociación, de tal manera que el aspecto exterior o psico-físico del lenguaje consiste en una vasta red de localizaciones asociadas en el cerebro y en los centros nerviosos secundarios; y, desde luego, las localizaciones auditivas son las más importantes de todas en lo que se refiere al lenguaje. Sin embargo, un sonido del habla localizado en el cerebro, aun cuando esté asociado con los movimientos particulares de los "órganos del habla" necesarios para producirlo, dista mucho todavía de constituir un elemento del lenguaje; es preciso, además, que se asocie con algún elemento o con algún grupo de elementos de la experiencia, por ejemplo con una imagen visual o una clase de imágenes visuales, o bien con una sensación de relación, antes de que adquiera un significado lingüístico, por rudimentario que sea. Este "elemento de la experiencia es el contenido o "significado" de la unidad lingüística; los procesos cerebrales asociados con

él, sean auditivos, motores o de otra naturaleza, y que sirven de respaldo inmediato al acto de pronunciar y al acto de escuchar el habla son simplemente un símbolo complejo de esos "significados", o un signo que los expresa. De los "significados" volveremos a hablar más adelante. Así, pues, lo que vemos inmediatamente es que el lenguaje, en cuanto tal, no se encuentra localizado de manera definida, ni puede estarlo, pues consiste en una relación simbólica peculiar — fisiológicamente arbitraria — entre todos los posibles elementos de la consciencia por una parte, y por otra ciertos otros elementos particulares, localizados en los centros cerebrales y nerviosos, sean auditivos, motores o de otra naturaleza. Si se puede considerar el lenguaje como "localizado" de manera definida en el cerebro, es sólo en ese sentido general y sin mucho interés en que se puede decir que están "en el cerebro" todos los aspectos de la consciencia, todo interés humano y toda actividad humana. Por consiguiente, no tenemos más remedio que aceptar el lenguaje como un sistema funcional plenamente formado dentro de la constitución psíquica o "espiritual" del hombre. No podemos definirlo como una entidad en términos puramente psicofísicos, por más que la base psico-física sea esencial para su funcionamiento en el individuo.

Por supuesto que, desde el punto de vista del fisiólogo o del psicólogo, estamos haciendo una abstracción injustificable cuando así nos proponemos estudiar el tema del lenguaje sin una constante y explícita referencia a la base psico-física. No obstante, semejante abstracción es justificable. Podemos discurrir con buen provecho acerca de la intención, la forma y la historia del habla, de la misma manera, exactamente, como discurrimos acerca de la naturaleza de cualquier otra fase de la cultura humana — el arte o la religión, por ejemplo —, esto es, como una entidad institucional o cultural, dejando a un lado los mecanismos orgánicos y psicológicos por ser cosas obvias y sin interés para nuestro objeto. En consecuencia, debe quedar claro, de una vez por todas, que esta introducción al estudio del habla

no se ocupa de esos aspectos de la fisiología y de la psicología fisiológica que están en los cimientos del lenguaje. No vamos a hacer el estudio de la génesis y el modo de obrar de un mecanismo concreto, sino una investigación acerca de la función y la forma de esos sistemas arbitrarios de simbolismo que conocemos con el nombre de idiomas.

Ya he indicado que la esencia del lenguaje consiste en el hecho de tomar sonidos convencionales, articulados de manera voluntaria, o sus equivalentes, como representantes de los diversos elementos de la experiencia. La palabra house ['casa'] no es un hecho lingüístico si por él se entiende simplemente el efecto acústico que sobre el oído producen las consonantes y vocales que constituyen dicha palabra, pronunciadas en determinado orden; tampoco es un hecho lingüístico a causa de los procesos motores y de las sensaciones táctiles que intervienen en la articulación de la palabra; ni a causa de la percepción visual por parte de quien escucha esa articulación; ni a causa de la percepción visual de la palabra house en una página manuscrita o impresa; ni a causa de los procesos motores y sensaciones táctiles que entran en juego para escribir la palabra; ni, finalmente, a causa de la memoria de alguna de estas experiencias o de todas ellas. La palabra house sólo es un hecho lingüístico cuando todas estas experiencias combinadas, y tal vez otras que no hemos mencionado, se asocian automáticamente con la imagen de una casa: entonces comienzan a adquirir la naturaleza de un símbolo, de una palabra, de un elemento del lenguaje. Pero no es suficiente todavía el simple hecho de semejante asociación. Puede ser que alguna vez oigamos una palabra cualquiera, proferida en una casa determinada en circunstancias tan impresionantes, que nunca, desde ese momento, vuelva a nuestra conciencia la imagen de la casa sin que al mismo tiempo se haga presente aquella palabra, y viceversa. Este tipo de asociación no constituye el lenguaje. La asociación a que nos referimos debe ser puramente simbólica: dicho de otra manera, la palabra debe denotar la imagen,

debe rotularla, y no debe tener otra función que la de un paralelo suyo en otro plano, y a ese paralelo podemos acudir cada vez que sea necesario o conveniente. Semejante asociación, que es voluntaria y en un sentido arbitraria, exige un notable ejercicio de atención consciente, por lo menos en el comienzo, ya que el hábito no tarda en hacer esta asociación tan automática como muchas otras, y más rápida.

Pero quizá hemos avanzado con demasiada velocidad. Si el símbolo house —sea una experiencia o imagen auditiva, motora o visual— no se refiriera más que a la sola imagen de una casa determinada, vista en una sola ocasión, una crítica indulgente podría quizá darle el nombre de elemento del lenguaje; sin embargo, es evidente desde el principio que un lenguaje constituido en esa forma tendría un valor muy escaso, o nulo, para las finalidades de la comunicación. El mundo de nuestras experiencias necesita ser simplificado y generalizado enormemente para que sea posible llevar a cabo un inventario simbólico de todas nuestras experiencias de cosas y relaciones; y ese inventario es indispensable si queremos comunicar ideas. Los elementos del lenguaje, los símbolos rotuladores de nuestras experiencias tienen que asociarse, pues, con grupos enteros, con clases bien definidas de experiencia, y no propiamente con las experiencias aisladas en sí mismas. Sólo de esa manera es posible la comunicación; pues la experiencia aislada no radica más que en una conciencia individual y, hablando en términos estrictos, es incomunicable. Para que sea comunicada, necesita relacionarse con una categoría que la comunidad acepte tácitamente como una identidad. Así, la impresión particular que ha dejado en mí una casa determinada necesita identificarse con todas mis demás impresiones acerca de ella. Y además, mi memoria generalizada, o sea mi "noción" de esa casa debe fundirse con las nociones que se han formado acerca de la casa todos los individuos que la han visto. La experiencia particular que nos ha servido de punto de arranque se ha ensanchado ahora de tal manera, que puede abarcar todas las impresiones

o imágenes posibles que acerca de la casa en cuestión se han formado o pueden formarse seres sensibles. Esta primera simplificación de la experiencia se encuentra en la base de gran número de elemento del habla, los llamados nombres propios, o palabras que designan individuos u objetos individuales. Es, en lo esencial, el mismo tipo de simplificación que constituye el fundamento o el material bruto de la historia y del arte. Pero no podemos contentarnos con este procedimiento de reducción de algo que, como la experiencia, es infinito. Debemos llegar hasta la médula de las cosas, debemos poner en un solo montón, de manera más o menos arbitraria, masas enteras de experiencia, viendo en ellas un número bastante de semejanzas para que nos autoricen a considerarlas idénticas (lo cual es erróneo, pero útil para nuestro objeto). Esta casa y aquella otra casa y miles de otros fenómenos de carácter análogo se aceptan así en cuanto tienen un número suficiente de rasgos comunes, a pesar de las grandes y palpables diferencias de detalle, y se clasifican bajo un mismo rótulo. En otras palabras, el elemento lingüístico house es, primordial y fundamentalmente, no el símbolo de una percepción aislada, ni siquiera de la noción de un objeto particular, sino de un "concepto", o, dicho en otra forma, de una cómoda envoltura de pensamientos en la cual están encerradas miles de experiencias distintas y que es capaz de contener muchos otros miles. Si los elementos significantes aislados del habla son los símbolos de conceptos, el caudal efectivo del habla puede interpretarse como un registro de la fijación de estos conceptos en sus relaciones mutuas.

Muchas veces se ha planteado la cuestión de si sería posible el pensamiento sin el habla y también la cuestión de si el habla y el pensamiento no serán otra cosa que dos facetas de un mismo proceso psíquico. La cuestión es tanto más difícil cuanto que se la ha rodeado de un seto espinoso de equívocos. En primer lugar, conviene observar que, independientemente de si el pensamiento exige o no exige el simbolismo (es decir, el habla), el caudal mismo del lenguaje no siem-

pre es un indicador de pensamiento. Hemos visto que el elemento lingüístico típico sirve de rótulo a un concepto. De ello no se sigue que los usos a que se destina el lenguaje sean siempre conceptuales, ni que lo sean de manera predominante. En la vida ordinaria no nos interesamos tanto por los conceptos en cuanto tales, sino más bien por particularidades concretas y relaciones determinadas. Por ejemplo, cuando digo *I had a good breakfast this morning* ['me desayuné muy bien esta mañana'], es evidente que no estoy sintiendo las congojas de un pensamiento laborioso, y que lo que tengo que comunicar a quien me escucha no pasa de ser un recuerdo placentero, traducido simbólicamente siguiendo los carriles de una expresión habitual. Cada uno de los elementos de mi frase define un concepto separado, o una relación conceptual separada, o las dos cosas juntas, pero la frase en sí misma no tiene la menor significación conceptual. Es más o menos como si un dinamo capaz de generar una corriente eléctrica suficiente para mover un ascensor fuera utilizado casi exclusivamente para alimentar el timbre de una puerta. Y el paralelo es más sugestivo de lo que podría parecer a primera vista. Se puede considerar el lenguaje como un instrumento capaz de responder a una enorme serie de empleos psíquicos. Su corriente no sólo va fluyendo paralela a la de los contenidos internos de la conciencia, sino que fluye paralela a ella en niveles distintos, que abarcan desde el estado mental en que dominan imágenes particulares hasta el estado en que los conceptos abstractos y sus relaciones mutuas son los únicos en que se enfoca la atención, lo cual suele llamarse razonamiento. Así, pues, lo único constante que hay en el lenguaje es su forma externa; su significado interior, su valor o intensidad psíquicos varían en gran medida de acuerdo con la atención o con el interés selectivo del espíritu, y asimismo —ocioso es decirlo— de acuerdo con el desarrollo general de la inteligencia. Desde el punto de vista del lenguaje, el pensamiento se puede definir como el más elevado de los contenidos latentes o potenciales del habla, el contenido a que podemos

llegar cuando nos esforzamos por adscribir a cada uno de los elementos del caudal lingüístico su pleno y absoluto valor conceptual. De aquí se sigue inmediatamente que el lenguaje y el pensamiento, en sentido estricto, no son coexistentes. A lo sumo, el lenguaje puede ser sólo la faceta exterior del pensamiento en el nivel más elevado, más generalizado, de la expresión simbólica. Para exponer nuestro punto de vista de manera algo distinta, el lenguaje es, por su origen, una función pre-racional. Se esfuerza humildemente por elevarse hasta el pensamiento que está latente en sus clasificaciones y en sus formas y que en algunas ocasiones puede distinguirse en ellas; pero no es, como suele afirmarse con tanta ingenuidad, el rótulo final que se coloca sobre el pensamiento ya elaborado.

*pensar*  
*sin*  
*lenguaje?*  
La mayor parte de las personas, cuando se les pregunta si pueden pensar sin necesidad de palabras, contestarán probablemente: "Sí, pero no me resulta fácil hacerlo. De todos modos, sé que es algo posible." ¡De manera que el lenguaje vendría a ser simple ropaje! Pero ¿y si el lenguaje no fuera ese ropaje, sino más bien una ruta, un carril preparado? Es muy probable, en realidad, que el lenguaje sea un instrumento destinado originalmente a empleos inferiores al plano conceptual, y que el pensamiento no haya surgido sino más tarde, como una interpretación refinada de su contenido. En otras palabras, el producto va creciendo al mismo tiempo que el instrumento, y quizá, en su génesis y en su práctica cotidiana, el pensamiento no sea concebible sin el lenguaje, de la misma manera que el razonamiento matemático no es practicable sin la palanca de un simbolismo matemático adecuado. Ciertamente nadie va a creer que hasta la más ardua proposición matemática depende estrechamente de un conjunto arbitrario de símbolos; pero es imposible suponer que la inteligencia humana sería capaz de concebir o de resolver semejante proposición sin la ayuda del simbolismo. Por lo que a él toca, el autor de este libro rechaza decididamente, como algo ilusorio, esa sensación que tantas personas creen experimentar, de que pueden

pensar, y hasta razonar, sin necesidad de palabras. La ilusión se debe seguramente a una serie de factores. El más simple de ellos es la incapacidad de distinguir entre la imagen y el pensamiento. En realidad, tan pronto como nos esforzamos por poner una imagen en relación consciente con otra, vemos que, sin darnos cuenta, estamos formando un silencioso fluir de palabras. El pensamiento podrá ser un dominio natural, separado del dominio artificial del habla, pero en todo caso el habla viene a ser el único camino conocido para llegar hasta el pensamiento. La ilusoria sensación de que el hombre puede prescindir del lenguaje cuando piensa tiene otra fuente todavía más fecunda, que es la frecuentísima incapacidad de comprender que el lenguaje no es la misma cosa que su simbolismo auditivo. El simbolismo auditivo puede ser sustituido, pieza tras pieza, por un simbolismo motor o por un simbolismo visual (por ejemplo, muchas personas pueden leer en un sentido puramente visual, esto es, sin el vínculo intermediario de un flujo interno de imágenes auditivas que correspondan a las palabras impresas o manuscritas), o bien por algún otro tipo de comunicación, más sutil y huidizo y menos fácil de definir. Así, pues, la pretensión de que se puede pensar sin necesidad de palabras, simplemente porque uno no se da cuenta de la coexistencia de imágenes auditivas, dista mucho de ser válida. Podemos ir todavía más lejos, y sospechar que, en algunos casos, la expresión simbólica del pensamiento sigue su ruta fuera de los límites de la inteligencia consciente, de manera que la sensación de un flujo de pensamiento libre y extra-lingüístico se justifica relativamente (pero sólo relativamente) para cierto tipo de inteligencias. Desde el punto de vista psico-físico, esto viene a significar que los centros auditivos del cerebro o los centros visuales o motores equivalentes, junto con los apropiados conductos de asociación, que son los equivalentes cerebrales del habla, son afectados de manera tan imperceptible durante el proceso del pensamiento, que no alcanzan a subir al plano de la consciencia. Este sería un caso excep-



cional: el pensamiento cabalgando ligeramente sobre las crestas sumergidas del habla, en vez de trotar tranquilamente con ella, lado a lado. La psicología moderna nos ha mostrado la tremenda actividad que el simbolismo realiza en el espíritu inconsciente. Por lo tanto, ahora es más fácil de comprender que hace veinte años<sup>3</sup> cómo el pensamiento más intangible puede ser tan sólo la correspondencia consciente de un simbolismo lingüístico inconsciente.

Digamos todavía dos palabras acerca de la relación entre lenguaje y pensamiento. El punto de vista que hemos venido desarrollando no excluye de ningún modo la posibilidad de que el desenvolvimiento del habla dependa en muy alto grado del desarrollo del pensamiento. Podemos dar por sentado que el lenguaje ha surgido pre-racionalmente —de qué manera concreta y en qué nivel preciso de actividad mental es algo que no sabemos—, pero no debemos imaginar que un sistema bien desarrollado de símbolos lingüísticos haya podido elaborarse con anterioridad a la génesis de conceptos claramente definidos y a la utilización de los conceptos, o sea el pensamiento. Lo que debemos imaginar es más bien que los procesos del pensamiento entraron en juego, como una especie de afloramiento psíquico, casi en los comienzos de la expresión lingüística, y que el concepto, una vez definido, influyó necesariamente en la vida de su símbolo lingüístico, estimulando así el desarrollo del lenguaje. Este complejo proceso de la interacción entre el lenguaje y el pensamiento no es imaginario: seguimos viendo positivamente cómo se efectúa ante nuestros ojos mismos. Si el instrumento hace posible el producto, el producto, a su vez, refina al instrumento. Al nacimiento de un concepto nuevo precede, invariablemente, un empleo más o menos restringido o extenso del viejo material lingüístico; el concepto no adquiere vida individual e independiente sino cuando ha encontrado una envoltura lingüística. En la mayor parte de los casos, el nuevo símbolo no es más que

<sup>3</sup> [La primera edición de este libro es de 1921.]

un objeto forjado a base de material lingüístico ya existente, según procedimientos elaborados por precedentes extraordinariamente despóticos. Tan pronto como la palabra queda lista, sentimos de manera instintiva, con una especie de suspiro de alivio, que también el concepto está listo para que lo maneje. Mientras no poseamos el símbolo, no podremos sentir que tenemos en las manos la llave capaz de abrir el conocimiento o la comprensión inmediata del concepto. ¿Acaso estaríamos tan prontos a morir por la "libertad", a luchar por nuestros "ideales", si las palabras mismas no estuvieran resonando dentro de nosotros? Y la palabra, como sabemos, no es sólo una llave; puede ser también una traba.

El lenguaje es, primordialmente, un sistema auditivo de símbolos. En cuanto es articulado, es también un sistema motor, pero el aspecto motor del habla es, con toda evidencia, algo secundario en relación con el aspecto auditivo. En los individuos normales, el impulso a hablar toma forma, primero, en la esfera de las imágenes auditivas, y de ahí se transmite a los nervios motores por los cuales se gobiernan los órganos del habla. Sin embargo, los procesos motores y las sensaciones motoras que los acompañan no son la culminación, el punto final de descanso. Son tan sólo un instrumento, una palanca mediante la cual se provoca la percepción auditiva, tanto en el hablante como en el oyente. La comunicación, o sea el objeto mismo del lenguaje, no se lleva a cabo satisfactoriamente sino cuando las percepciones auditivas del oyente se traducen a una adecuada e intencional serie de imágenes o de pensamientos, o de las dos cosas combinadas. Por consiguiente, el ciclo del lenguaje, en la medida en que se le puede considerar como un instrumento puramente externo, comienza y acaba en el terreno de los sonidos. La concordancia entre las imágenes auditivas iniciales y las percepciones auditivas finales es como la sanción o la garantía social del satisfactorio resultado del proceso. Como ya hemos visto, el desarrollo típico de este proceso puede sufrir innumerables modificaciones o trans-

ferencias a sistemas equivalentes, sin perder por ello sus características formales esenciales.

- ① La más importante de estas modificaciones es la abreviación que supone el proceso lingüístico durante el acto de pensar. Esta abreviación puede realizarse, indudablemente, en muchas formas, de acuerdo con las peculiaridades estructurales o funcionales de cada inteligencia. La forma menos modificada es esa que se llama "hablar consigo mismo" o "pensar en alta voz". El hablante y el oyente se confunden entonces en una sola persona, la cual, por así decirlo, se comunica consigo misma. De mayor importancia es la forma, todavía más abreviada, en que los sonidos del habla no se articulan en absoluto. A ella pertenecen todas las variedades de lenguaje silencioso y de pensamiento normal. Así, los únicos que a veces reciben una excitación son los centros auditivos; o bien, el impulso hacia la expresión lingüística puede comunicarse igualmente a los nervios motores que están en conexión con los órganos de la palabra, pero queda inhibido, ya sea en los músculos de estos órganos, ya en algún punto de los mismos nervios motores; o, si no, los centros auditivos pueden quizá ser afectados de modo muy ligero, si acaso llegan a serlo, y entonces el proceso del habla se manifiesta directamente en la esfera motora. Además de éstos existen sin duda otros tipos de abreviación. La excitación de los nervios motores es muy frecuente en el habla silenciosa, de la cual no resulta ninguna articulación audible o visible; ese hecho se demuestra por la conocida experiencia de la fatiga de los órganos del habla, sobre todo de la laringe, después de una lectura particularmente estimulante, o tras una intensa meditación.

- ② Todas las modificaciones consideradas hasta aquí están absolutamente conformes al proceso típico del habla normal. De gran interés y de suma importancia es la posibilidad de transferir el sistema todo de simbolismo del habla a términos distintos de los que supone el proceso típico. Este proceso, como hemos visto, es una cuestión de sonidos y de movimientos cuya

finalidad es la producción de sonidos. El sentido de la vista no entra en juego. Pero supongamos que no sólo se oigan los sonidos articulados, sino que se vean las articulaciones mismas a medida que las va ejecutando el hablante. Es evidente entonces que, si uno puede adquirir un grado suficiente de destreza en la percepción de tales movimientos de los órganos del habla, queda abierto el camino para un nuevo tipo de simbolismo en que el sonido es reemplazado por la imagen visual de las articulaciones que corresponden al sonido. Este nuevo sistema no ofrece gran interés para la mayor parte de nosotros, porque ya estamos como encerrados dentro del sistema auditivo-motor; en el mejor de los casos, aquél sería simplemente una traducción imperfecta de éste, puesto que no todas las articulaciones son perceptibles para el ojo. Sin embargo, es muy bien conocido el excelente empleo que los sordomudos pueden hacer de la "lectura de los labios", que resulta así un medio subsidiario de captar el habla.

- ③ El más importante de todos los simbolismos lingüísticos visuales es, por supuesto, el de la palabra manuscrita o impresa, al cual, desde el punto de vista de las funciones motoras, corresponde toda la serie de movimientos exquisitamente coordinados cuyo resultado es la acción de escribir, a mano o a máquina, o cualquier otro método gráfico de representar el habla. En estos nuevos tipos de simbolismo, el rasgo que es esencialmente importante para nuestro reconocimiento, sin contar el hecho de que ya no son productos secundarios del habla normal en sí misma, es que dentro del sistema cada uno de los elementos (letra o palabra escrita) corresponde a un elemento determinado (sonido o grupo de sonidos o palabra pronunciada) del sistema primario. Así, pues, el lenguaje escrito equivale, punto por punto, a ese modo inicial que es el lenguaje hablado. Las formas escritas son símbolos secundarios de las habladas —símbolos de símbolos—; y es tan estrecha la correspondencia, que no sólo en teoría, sino también en la práctica de ciertas personas acostumbradas a la lectura puramente visual, y tal vez en ciertos tipos

de pensamiento, las formas escritas pueden sustituir del todo a las formas habladas. Sin embargo, es probable que las asociaciones auditivo-motoras estén siempre cuando menos latentes, esto es, que entren en juego de manera inconsciente. Aun aquellos que leen o piensan sin el más ligero empleo de imágenes sonoras, dependen, en última instancia, de esas imágenes. Están manejando simplemente el medio circulante, la moneda de los símbolos visuales, como un cómodo sustituto de las mercancías y servicios de los símbolos auditivos fundamentales.

④ Las posibilidades de transferencia lingüística son ilimitadas. Un ejemplo de todos conocido es el alfabeto Morse empleado en el telégrafo, en el cual las letras del lenguaje escrito están representadas por una serie, convencionalmente establecida, de golpes más o menos largos. Aquí la transferencia se lleva a cabo a partir de la palabra escrita y no directamente a partir de los sonidos del lenguaje hablado. En otras palabras, la letra del código telegráfico es el símbolo del símbolo de un símbolo. Por supuesto que de ello no se sigue, en modo alguno, que, para llegar a comprender un mensaje telegráfico, el operador experimentado tenga necesidad de transponer una serie dada de golpecitos a una imagen visual a fin de captar su imagen auditiva normal. El método preciso de descifrar el lenguaje transmitido por vía telegráfica varía muchísimo, como es natural, de acuerdo, con los individuos. Hasta es concebible, aunque no muy probable, que ciertos telegrafistas puedan llegar a tal grado de experiencia, que aprendan a pensar, sin más, bajo la forma de un simbolismo auditivo de golpecito; esto no repugna, por lo menos en lo que se refiere a la parte estrictamente consciente del proceso de pensamiento; o bien, en el caso de telegrafistas dotados de una fuerte tendencia al simbolismo motor, es posible que piensen bajo la forma del simbolismo táctil que se desarrolla en la transmisión de mensajes telegráficos.

⑤ Hay todavía otro interesante grupo de transferencias: el de los diferentes lenguajes de señas, desarrolla-

dos para uso de los sordomudos, o de los monjes trapenses que han hecho voto de perpetuo silencio, o que suelen emplear las personas que pueden verse mutuamente, pero que están demasiado lejos entre sí para poder escucharse. Algunos de estos sistemas equivalen punto por punto al sistema normal del habla; otros, como el simbolismo de ademanes empleado por los militares o el lenguaje de señas que utilizan los indios de las llanuras en los Estados Unidos (lenguaje comprendido por tribus que hablan idiomas muy distintos), son transferencias imperfectas, que se limitan a expresar aquellos elementos rudimentarios del lenguaje que son un mínimo indispensable bajo circunstancias excepcionales. Se puede alegar que en estos últimos simbolismos —como también en otros simbolismos todavía más imperfectos, por ejemplo los empleados en el mar o en los bosques— el lenguaje ya no desempeña propiamente ningún papel, sino que las ideas se transmiten de manera directa por un proceso simbólico que nada tiene que ver con él, o por medio de un mimetismo cuasi-instintivo. Pero semejante interpretación sería errónea. La inteligibilidad de estos vagos simbolismos no puede deberse sino a su traslado automático y silencioso a los términos de un lenguaje mejor conformado.

De lo anterior tendremos que concluir que toda comunicación voluntaria de ideas, prescindiendo del habla normal, es una transferencia, directa o indirecta, del simbolismo típico del lenguaje hablado u oído, o que, cuando menos, supone la intervención de un simbolismo auténticamente lingüístico. Es éste un hecho de suma importancia. Las imágenes auditivas y las imágenes motoras (relacionadas con las auditivas) que determinan la articulación de los sonidos, son la fuente histórica de todo lenguaje y de todo pensamiento; podrán ser muy apartados los atajos por los cuales sigamos este proceso, pero la conclusión será la misma. Y he aquí otro punto, de importancia mayor todavía. La facilidad con que el simbolismo lingüístico puede transferirse de un sentido a otro, de una técnica a

otra, nos está indicando por sí sola que los sonidos del habla, en cuanto tales, no son el hecho esencial del lenguaje, sino que éste consiste más propiamente en la clasificación, en la fijación de formas y en el establecimiento de relaciones entre los conceptos. Repitámoslo una vez más: el lenguaje, en cuanto estructura, constituye en su cara interior el molde del pensamiento. Este lenguaje abstracto, y no propiamente los hechos físicos del habla, es lo que va a ocuparnos en nuestro estudio.

Entre los hechos generales relativos al lenguaje, no hay uno que nos impresione tanto como su universalidad. Podría haber discusiones en cuanto a si las actividades que se realizan en una tribu determinada son merecedoras del nombre de religión o de arte, pero no tenemos noticias de un solo pueblo que carezca de lenguaje bien desarrollado. El más atrasado de los bosquimanos de Sudáfrica se expresa en las formas de un rico sistema simbólico que, en lo esencial, se puede comparar perfectamente con el habla de un francés culto. No hay para qué decir que los conceptos más abstractos no se hallan representados tan abundantemente, ni con mucho, en la lengua del salvaje; y ésta carece asimismo de esa riqueza de vocabulario y de esa exquisita matización de conceptos que caracterizan a las culturas más elevadas. Sin embargo, esta especie de desenvolvimiento lingüístico que va corriendo paralelamente al desarrollo histórico de la cultura, y que en sus etapas más avanzadas asociamos con la literatura, no pasa de ser algo superficial. La armazón básica del lenguaje, la constitución de un sistema fonético bien definido, la asociación concreta de los elementos lingüísticos con los conceptos y la capacidad de atender con eficacia a la expresión formal de cualquier clase de relaciones, todas estas cosas las encontramos perfeccionadas y sistematizadas rígidamente en cada uno de los idiomas que conocemos. Muchas lenguas primitivas poseen una riqueza de formas, una latente exuberancia de expresión que eclipsan cuantos recursos poseen los idiomas de la civilización moderna. Hasta en

el simple terreno del inventario léxico de una lengua, el profano tiene que estar preparado para las más extrañas sorpresas. Las opiniones que suele tener la gente en cuanto a la extrema pobreza de expresión a que están condenadas las lenguas primitivas son puras fábulas. La increíble diversidad del habla es un hecho casi tan impresionante como su universalidad. Quienes hemos estudiado francés o alemán, o, mejor aún, latín o griego, sabemos en qué formas tan variadas puede expresarse un pensamiento. No obstante, las divergencias formales entre el plano inglés y el plano latino son relativamente desdeñables en comparación de lo que sabemos de moldes lingüísticos más exóticos. La universalidad y la diversidad del habla nos llevan a una deducción muy importante. Sin entrar en la cuestión de si todas las formas de habla se desprenden históricamente o no de una sola forma prístina, debemos convenir en que el lenguaje es una herencia antiquísima del género humano. Es dudoso que alguna otra posesión cultural del hombre, sea el arte de hacer brotar el fuego o el de tallar la piedra, pueda ufanarse de mayor antigüedad. Yo me inclino a creer que el lenguaje es anterior aun a las manifestaciones más rudimentarias de la cultura material, y que en realidad estas manifestaciones no se hicieron posibles, hablando estrictamente, sino cuando el lenguaje, instrumento de la expresión y de la significación, hubo tomado alguna forma.

## II

## LOS ELEMENTOS DEL HABLA

Nos hemos referido en más de una ocasión a los "elementos del habla", entendiendo por esta expresión, en términos generales, lo que se conoce con el nombre de "palabras". Ahora debemos considerar más de cerca estos elementos y familiarizarnos con la materia prima del lenguaje. El más sencillo de los elementos del habla —y por "habla" entenderemos en lo sucesivo el sistema auditivo del simbolismo lingüístico, el conjunto de palabras habladas— es el sonido aislado, aunque, según veremos más adelante, el sonido no es en sí mismo una estructura simple, sino el resultado de una serie de adaptaciones independientes, pero estrechamente relacionadas, que se realizan en los órganos del habla. Y sin embargo, hablando en sentido estricto, el sonido aislado no es en modo alguno un elemento del habla, pues el habla es una función significativa, y el sonido en cuanto tal no tiene ningún significado. Sucede algunas veces que el sonido aislado es un elemento dotado de significación independiente (como en francés a 'tiene' y à 'a', o en latín i, imperativo de "ir"),<sup>1</sup> pero tales casos son coincidencias fortuitas entre sonido aislado y palabra significativa. La coincidencia suele ser fortuita no sólo en teoría, sino también atendiendo al hecho histórico mismo: así, los ejemplos citados no son sino formas reducidas de grupos fonéticos que en su origen eran más complejos (latín *habet* y *ad*, e indoeuropeo *ei*, respectivamente).<sup>2</sup> Si el lenguaje es un edificio y si los elementos significantes del lenguaje son los ladrillos de que está hecho el edificio, entonces los sonidos del habla no pueden compararse sino con el barro, todavía sin modelar y sin cocer, con el cual se fabrican los ladrillos. En el presente capítulo no ten-

<sup>1</sup> [Y en español todas las vocales: a como preposición y o (u), y (e) como conjunciones.]

<sup>2</sup> [Y en el caso del español, latín *ad*, et y *aut*.]—

dremos que ocuparnos para nada de los sonidos en cuanto sonidos.

Los verdaderos elementos del lenguaje, los elementos significantes, son por lo general series de sonidos que constituyen palabras, o partes significantes de palabras, o bien grupos de palabras. Lo que distingue entre sí a estos elementos es que cada uno de ellos resulta el signo externo de una idea determinada, ya sea un concepto único (o una imagen única), ya cierto número de conceptos (o de imágenes) claramente conectados y que forman un todo. Algunas veces la palabra aislada podrá ser el elemento significativo más sencillo de que tendremos que ocuparnos. Pero otras veces no será así. Cada una de estas palabras inglesas: *sing* ['cantar'], *sings* ['(él) canta'], *singing* ['cantando'], *singer* ['cantante'] expresa una idea bien definida e inteligible, aunque la idea esté desconectada y, funcionalmente, carezca por lo tanto de valor práctico. No hace falta pensar mucho para reconocer que estas palabras pertenecen a dos categorías. La primera, *sing*, es una entidad fonética indivisible que expresa la idea de cierta actividad concreta. Todas las otras palabras encierran la misma idea fundamental, pero, debido a la adición de otros elementos fonéticos, esta idea va recibiendo cambios particulares que la modifican o la definen de manera más precisa. Representan, en cierto sentido, conceptos compuestos que han brotado del fundamental. Por consiguiente, podemos analizar las palabras *sings*, *singing* y *singer* como expresiones binarias que encierran un concepto fundamental o de contenido general (*sing*) y un nuevo concepto de categoría más abstracta: concepto de persona, de número, de tiempo, de condición, de función, o de varias de estas cosas a la vez.

Si simbolizamos un término como este *sing* por el signo algebraico A, deberemos simbolizar los términos *sings* y *singer* por la fórmula  $A + b$ .<sup>3</sup> El elemento A puede ser una palabra completa e independiente

<sup>3</sup> Reservaremos las mayúsculas para los elementos radicales.

(*sing*), o bien la sustancia fundamental, la llamada raíz<sup>4</sup> o "elemento radical" (*sing-*) de una palabra. El elemento *b.* (*-s*, *-ing*, *-er*) indica un concepto subsidiario y, por regla general, más abstracto; en el sentido más lato de la palabra "forma", impone al concepto fundamental una limitación formal. Podemos llamarlo "elemento gramatical" o afijo. Como más adelante veremos, el elemento gramatical —o incremento gramatical, como sería mejor decir— no necesita forzosamente estar agregado como sufijo al elemento radical. Puede ser un elemento colocado como prefijo, como el *un-* de *unsingable* ['incantable'], o puede estar metido como infijo en el cuerpo mismo de la raíz, como la *-n-* del latín *vinco* 'yo venzo' que falta en *vici* 'yo vencí'; además, puede ser una repetición completa o parcial de la raíz, o consistir en alguna modificación de la forma interna de la misma raíz: cambio de vocal, como en *sung* ['cantando'] y *song* ['(el) canto']; cambio de consonante, como en *dead* ['muerto'] y *death* ['muerte']; cambio de acento; abreviación. Todos y cada uno de estos tipos de elemento o modificación gramatical tienen la peculiaridad de que, en la mayoría de los casos, no pueden emplearse independientemente, sino que necesitan ir adheridos de algún modo al elemento radical, o soldados con éste, a fin de expresar una idea inteligible. Por lo tanto, sería mejor cambiar nuestra fórmula, y en lugar de *A + b* hacerla *A + (b)*, empleando los paréntesis para simbolizar que el elemento encerrado en ellos es incapaz de sostenerse por sí solo. El elemento gramatical sólo puede existir a condición de asociarse con un elemento radical; y además, su significado concreto depende, por lo común, de la clase de elementos radicales con que vaya asociado. Por ejemplo, la *-s* del inglés *he hits* ['él golpea'] y la *-s* de *books* ['libros'] simbolizan dos ideas por completo distintas, simplemente porque *hit* y *book* pertenecen, en cuanto a su función, a categorías muy diferentes.

<sup>4</sup> Esta palabra no se emplea aquí en un sentido estrictamente técnico.

Sin embargo, debemos apresurarnos a observar que si el elemento radical, en ciertas ocasiones, puede identificarse con la palabra, ello no quiere decir que pueda emplearse siempre, ni aun habitualmente, como una palabra. Por ejemplo, el *hort-* 'huerto' que aparece en las formas latinas *hortus*, *horti* y *horto* es una abstracción tan completa como el *-ing* de *singing*, aunque es cierto que *hort-* ofrece un significado mucho más fácil de captar. Ni *hort-* ni *-ing* existen en cuanto elementos lingüísticos inteligibles y satisfactorios por sí solos. Así, pues, tanto el elemento radical como el elemento gramatical se obtienen únicamente por un proceso de abstracción. Parece más propio dejar la fórmula *A + (b)* para simbolizar *sing-er*, y simbolizar *hort-us* con esta otra: *(A) + (b)*.

Hasta aquí, el primer elemento del habla del cual podemos decir que "existe" realmente, es la palabra. Sin embargo, antes de definirla, debemos considerar un poco más de cerca el tipo de palabra ejemplificado por *sing*. Bien mirado, ¿tendremos razón para identificar a *sing* con un elemento radical? ¿Representa en efecto una simple correspondencia entre concepto y expresión lingüística? Y ese elemento *sing-*, que hemos abstraído de *sings*, *singing* y *singer*, y al cual podemos atribuir, justificadamente, un valor conceptual general y siempre el mismo, ¿es en verdad el mismo hecho lingüístico que la palabra *sing*? Parecería casi absurdo dudar de ello, y sin embargo no hace falta más que un poquito de reflexión para convencernos de que la duda es muy legítima. De hecho, la palabra *sing* no puede emplearse en cualquier caso para denotar su propio contenido conceptual. Sin ir más lejos, la existencia de formas evidentemente relacionadas, como *sang* [pretérito de *to sing* 'cantar'] y *sung* ['cantado'], demuestra ya que *sing* no puede denotar un tiempo pasado, sino que, cuando menos en lo que toca a una parte importante de su uso, se limita al presente. Por otra parte, el empleo de *sing* como "infinitivo", en expresiones como *to sing* ['cantar'] y *he will sing* ['él cantará'], nos está indicando que la palabra *sing* tiene una marcada

tendencia a representar la amplitud total y sin trabas de un concepto dado. Ahora bien, si la palabra *sing*, en algún sentido adecuado, fuera la expresión fija del concepto intacto, no habría justificación para esas aberraciones vocálicas que hemos encontrado en *sang*, en *sung* y en *song*, ni tampoco se limitaría *sing* a denotar tiempo presente para todas las personas, excepto la tercera de singular (*sings*).

Lo que ocurre en realidad es que *sing* es una palabra entre dos luces, una forma que titubea entre la condición de un verdadero elemento radical y la de una palabra modificada del tipo de *singing*. Aunque ningún signo externo nos haga ver que *sing* expresa algo más que una idea general, sentimos como que hay a su alrededor una fluctuante niebla de valor adicional. Así, pues, la simple fórmula  $A$  no parece ser su representación más adecuada, y es mejor pensar en esta otra:  $A + (0)$ . Se podría considerar que *sing* pertenece al tipo  $A + (b)$ , pero con esta reserva: que  $(b)$  ha desaparecido. Este modo de "sentir" la palabra dista mucho de ser caprichoso, pues existen pruebas históricas irrefutables que demuestran que *sing* es, en su origen, varias palabras distintas, del tipo  $A + (b)$ , que han reunido en uno solo sus valores respectivos. La porción  $(b)$  de cada una de ellas ha desaparecido en cuanto elemento fonético tangible; sin embargo, su fuerza subsiste en forma debilitada. El *sing* de *I sing* ['yo canto'] corresponde al anglosajón *singe*; el infinitivo *sing*, a *singan*; el imperativo *sing*, a *sing*. A partir de la alteración de las formas inglesas que se inició más o menos hacia la época de la conquista normanda, la lengua inglesa ha venido esforzándose por crear palabras-conceptos muy sencillas, no complicadas por connotaciones formales, pero todavía no ha logrado realizar su propósito, con excepción, tal vez, de algunos adverbios aislados y de otros elementos de la misma especie. Si la típica palabra inanalizable del lenguaje—fuera en efecto una pura palabra-concepto—del tipo  $A$ —, en vez de ser un curioso tipo de transición—el que hemos simbolizado por  $A + (0)$ —, entonces las palabras co-

mo *sing*, *work*, *house* y otros miles más se podrían comparar con las auténticas palabras-raíces de otras muchas lenguas.<sup>5</sup> Tomemos, al acaso una verdadera palabra-raíz: la palabra nootka<sup>6</sup> *hamot*, que significa 'hueso'. La palabra inglesa correspondiente no se puede comparar con ella sino de manera muy superficial. *Hamot* significa 'hueso' en un sentido enteramente indefinido; a la palabra inglesa va adherida la idea de singularidad. El indio nootka puede expresar la idea de pluralidad, si así lo desea (tiene para ello varias maneras), pero no necesita hacerlo forzosamente; *hamot* puede servir lo mismo para el singular que para el plural, cuando no hay algún interés especial en marcar la distinción. La persona de habla inglesa que dice *bone* (prescindiendo del empleo secundario de esta palabra para denotar un material) no está especificando simplemente la naturaleza del objeto, sino que, quiéralo o no, está dando a entender que sólo uno de esos objetos entra en consideración. Y en este incremento de valor radica toda la diferencia.

Conocemos ahora cuatro distintos tipos formales de palabras: tipo  $A$  (nootka *hamot*), tipo  $A + (0)$  (inglés *sing*, *bone*), tipo  $A + (b)$  (inglés *singing*) y tipo  $(A) + (b)$  (latín *hortus*). Un solo tipo, además de éstos, es fundamentalmente posible:  $A + B$ , la unión de dos (o más) elementos radicales de individualidad independiente en un solo término. Ejemplos de este tipo de palabras serían el compuesto inglés *fire-engine* ['bomba para incendios'], [el español *pez-espada*] o una forma del idioma sioux que se traduciría al inglés por *eat-stand* y que significa 'comer estando de pie'. Sin embargo, a menudo sucede que uno de los elementos radicales viene a quedar tan subordinado al otro desde el punto de vista funcional, que adopta en realidad el

<sup>5</sup> Aquí no nos ocupamos del carácter aislante general que tienen ciertos idiomas, como el chino (véase el capítulo vi). Las palabras-raíces pueden aparecer (y aparecen en efecto) en los idiomas más diversos, muchos de ellos sumamente complejos.

<sup>6</sup> Lengua hablada por algunas de las tribus indias de la isla de Vancouver.

carácter de un elemento gramatical. Podemos simbolizar esto con la fórmula  $A + b$ , tipo que, por pérdida de conexión externa entre el elemento subordinado  $b$  y el elemento independiente  $B$ , puede caer gradualmente en el tipo  $A + (b)$ , mucho más común. Una palabra como *beautiful* ['hermoso'; 'lleno de hermosura', si se atiende a sus elementos] es un ejemplo del tipo  $A + b$ , pues el *-ful* conserva todavía la huella de su origen. Una palabra como *homely* ['casero, ordinario'], en cambio, pertenece claramente al tipo  $A + (b)$ , pues nadie, excepto un lingüista, puede saber la conexión que hay entre ese *-ly* y la palabra independiente *like* ['semejante'].

Por supuesto que, en el uso normal, estos cinco (o seis) tipos fundamentales pueden complicarse indefinidamente de muchas maneras. El (0) puede tener un valor múltiple; o, dicho de otro modo, la modificación formal inherente a la idea fundamental de la palabra puede afectar a más de una categoría. Por ejemplo, en la palabra latina *cor* 'corazón' no sólo se expresa un concepto concreto, sino que a esa forma, que en realidad es más breve que su propio elemento radical (*cord-*), van adheridos tres conceptos formales distintos, aunque íntimamente entrelazados: el de número (singular), el de género (neutro) y el de caso (subjuntivo-objetivo). En consecuencia, la fórmula gramatical completa para *cor* es  $A + (0) + (0) + (0)$ , aunque la fórmula puramente externa, la fórmula fonética, sería  $(A)$ —, donde  $(A)$  indica la "raíz" *cord-*, y el signo menos una pérdida de material. Lo que hay de notable en una palabra como *cor* es que las tres limitaciones conceptuales que hemos mencionado no se expresan simplemente por implicación cuando la palabra viene a tomar su lugar en una frase, sino que están fundidas, y para siempre, con las entrañas mismas de la palabra, y ninguna posibilidad de empleo las puede eliminar.

Otras complicaciones resultan de una proliferación de las partes. En una palabra dada puede haber varios elementos de la categoría  $A$  (ya hemos simbolizado

esto por el tipo  $A + B$ ), de la categoría  $(A)$ , de la categoría  $b$  y de la categoría  $(b)$ . Por último, los diversos tipos pueden combinarse unos con otros de maneras infinitas. Un idioma relativamente sencillo, como el inglés —y aun el latín— no puede ilustrar sino unas cuantas de estas posibilidades teóricas. Pero si para tomar nuestros ejemplos acudimos al vasto almacén del lenguaje, lo mismo a los idiomas exóticos que a aquellos con los cuales estamos más familiarizados, encontraremos que apenas habrá una posibilidad que no se cumpla en el uso real. Un ejemplo bastará para ilustrar miles de casos, y un tipo complejo para centenares de tipos posibles. Lo tomo del paiute, idioma que hablan los indios de las mesetas áridas del Sudoeste de Utah. La palabra *wii-to-kuchum-punku-rügani-yugwi-va-ntü-m(ü)*<sup>7</sup> es de una longitud desacostumbrada, aun dentro del paiute, pero no por ello es una monstruosidad psicológica. Significa 'los que van a sentarse para destazar con un cuchillo una vaca negra (o un buey negro)', o, atendiendo al orden de los elementos indios, 'cuchillo-negro-búfalo-domesticado-destazar-sientanse-futuro-participio-plural de ser animado'. La fórmula correspondiente a esta palabra, según nuestro simbolismo, sería  $(F) + E + C + d + A + B + (g) + (h) + (i) + (0)$ . Es el plural del participio futuro de un verbo compuesto que significa 'sentarse y destazar', o sea  $A + B$ . Los elementos  $(g)$  —que expresa la idea de futuro—,  $(h)$  —que es un sufijo participial— e  $(i)$  —que indica un plural de ser animado— son elementos gramaticales que, separados de una palabra, no expresan ninguna idea. Con la fórmula  $(0)$  queremos dar a entender que, además de lo que de manera definida se expresa, la palabra completa denota una nueva idea de relación, o sea la idea de subjetividad; en otras palabras, la forma citada sólo puede emplearse como sujeto de una oración,

<sup>7</sup> En este y otros ejemplos tomados de lenguas exóticas me veo obligado, por consideraciones prácticas, a simplificar las formas fonéticas verdaderas. Esto no tiene mucha importancia, pues lo que nos interesa son las formas en cuanto tales, no el contenido fonético.



no en una relación objetiva o de otra especie sintáctica. El elemento radical A ('destazar'), antes de entrar en combinación con el elemento coordinado B ('sentarse'), se compone a su vez de dos elementos (o grupos de elementos) nominales, que son, primero, una raíz (F) ('cuchillo'), empleada de manera instrumental, que puede usarse perfectamente como elemento radical de formas sustantivas, pero no como sustantivo absoluto en la forma que hemos dado, y, segundo, un grupo (E) + C + d ('vaca o buey negros'), empleado de manera objetiva. Este último consta, a su vez, de dos partes, que son: un elemento radical adjetivo (E) ('negro'), el cual no puede emplearse de manera independiente (la idea absoluta de 'negro' sólo puede expresarse mediante el participio de un verbo que significa 'ser negro'), y el sustantivo compuesto C + d ('búfalo domesticado'). El elemento radical C significa propiamente 'búfalo', pero el elemento d, sustantivo que se da de manera independiente y que significa 'caballo' (primitivamente 'perro' o 'animal doméstico' en general), se usa por lo común como elemento cuasi-subordinado que indica que el animal denotado por la raíz a la cual se adhiere es propiedad de un ser humano. Se observará que todo este complejo (F) + (E) + C + d + A + B no pasa de ser, desde el punto de vista funcional, una base verbal correspondiente al *sing.* de una forma inglesa como *singing*; que este complejo conserva su calidad verbal en virtud de la adición del elemento temporal (g) —este (g), dicho sea de paso, debe entenderse como algo referido no únicamente a B, sino a todo el complejo básico en cuanto unidad—; y que los elementos (h) + (i) + (0) transforman la expresión verbal en un sustantivo bien definido desde el punto de vista formal.

Pero ya es hora de decidir qué cosa es exactamente lo que se entiende por una palabra. Nuestro primer impulso hubiera sido, sin duda, definir la palabra como el correspondiente simbólico, lingüístico, de un concepto único. Pero ahora sabemos que semejante definición es imposible. En realidad, no hay manera de dar una

definición de la palabra desde el punto de vista funcional, pues la palabra puede ser muchísimas cosas, desde la expresión de un concepto único —concreto, abstracto; o puramente "relacional" (como en *of* ['de'], *by* ['por'] o *and* ['y'])— hasta la expresión de un pensamiento completo (como en la palabra latina *dico* 'yo digo', o bien, con mayores complicaciones de forma, en un verbo de la lengua *nootka* que significa 'yo he estado acostumbrado a comer veinte objetos redondos [por ejemplo manzanas] al mismo tiempo que me ocupo [en hacer esto o lo otro]'). En el último caso, la palabra viene a ser lo mismo que una oración entera. La palabra es simplemente una forma, una entidad moldeada de manera definida, que absorbe, del material conceptual del pensamiento íntegro, una parte mayor o menor, según se lo permita el genio del idioma de que se trata. Por eso es que los elementos radicales y los elementos gramaticales, esto es, los portadores de conceptos aislados, son susceptibles de comparación en todas las lenguas, mientras que las palabras completas no lo son. Elemento radical (o gramatical) y oración: tales son las unidades funcionales primarias del habla, la primera como un *mínimum* que se abstrae, la segunda como la estructuración estéticamente satisfactoria de un pensamiento unificado. Las verdaderas unidades formales del habla, o sean las palabras, pueden identificarse en algunas ocasiones como una u otra de las dos unidades funcionales; pero las más de las veces están a medio camino entre los dos extremos, pues al mismo tiempo encarnan en sí mismas una o más ideas radicales y una o más ideas subsidiarias. Podemos concretar todo esto en pocas palabras diciendo que los elementos radicales y gramaticales del lenguaje, abstracciones hechas a partir de las realidades del habla, responden al mundo conceptual de la ciencia, el cual es una abstracción hecha a partir de las realidades de la experiencia; y que la palabra, o sea la unidad existente del habla viva, responde a la unidad de la experiencia factualmente aprehendida, de la historia, del arte. La oración es el correspondiente, en el plano lógico, del pensamiento com-

pleto, pero sólo a condición de que se la sienta como constituida por los elementos radicales y gramaticales que acechan en los escondrijos de sus palabras. Es el correspondiente psicológico de la experiencia, del arte, cuando se la siente —y en circunstancias normales se la siente ciertamente de ese modo— como el juego acabado de una palabra con otra. Cuanto más interesados estemos en definir el pensamiento única y exclusivamente en cuanto pensamiento, tanto más inútil nos resultará para ese objeto la palabra. Así, pues, podemos comprender muy fácilmente por qué razones los especialistas en matemáticas y en lógica simbólica se ven forzados a prescindir de las palabras y a construir su pensamiento con ayuda de símbolos que, cada uno de por sí, tienen un valor rígidamente unitario.

Pero, se podrá objetar, ¿acaso la palabra no es una abstracción en el mismo sentido en que lo es el elemento radical? ¿Acaso no está sacada de la oración viva de manera tan arbitraria como de la palabra se saca el elemento conceptual mínimo? Algunos lingüistas, en efecto, han considerado la palabra en cuanto tal como una simple abstracción, aunque esto, en mi opinión, no tiene ningún fundamento sólido. Es verdad que en ciertos casos particulares, sobre todo en algunos de los idiomas sumamente sintéticos de la América aborigen, no siempre es fácil decir si un elemento determinado del lenguaje ha de interpretarse como palabra independiente o como parte de una palabra más extensa. Estos casos de transición nos ponen a veces, sin duda, en gran perplejidad, pero a pesar de todo no debilitan materialmente los argumentos de la validez psicológica de la palabra. La experiencia lingüística, tal como se expresa en la forma convencionalmente unificada —la forma escrita— y tal como se ejercita en el uso diario, nos está indicando con fuerza abrumadora que, por regla general, no existe la menor dificultad para llevar la palabra, en cuanto realidad psicológica, a la esfera de la conciencia. No podría desearse prueba más convincente que ésta: el indio ingenuo, sin la menor familiaridad con el concepto de la palabra escrita, no experimenta,

a pesar de ello, ninguna dificultad sería para dictarle a un lingüista, palabra por palabra, un texto cualquiera; tiende, como es natural, a ligar unas con otras las palabras, tal como lo hace en el habla común y corriente, pero si el lingüista lo invita a detenerse un momento y le hace entender qué cosa desea, puede aislar muy fácilmente las palabras unas de otras, repitiéndolas en cuanto unidades separadas. Casi siempre se niega, en cambio, a aislar el elemento radical o gramatical, pues dice que eso "no tiene sentido".<sup>8</sup> Así, pues, ¿cuál es el criterio objetivo de la palabra? Demos por sentado que el hablante y el oyente sienten la palabra, pero ¿cómo justificar ese sentimiento? Si la función no es el criterio último de la palabra, ¿cuál es entonces?

Es más fácil formular esta pregunta que contestarla. Lo mejor que podemos hacer es decir que la palabra es uno de los pedacitos más pequeños, y completamente satisfactorios, de "significado" aislado en que se resuelve la oración. La palabra no puede fragmentarse sin que el sentido se trastorne; uno de los fragmentos en que la he-

<sup>8</sup> Estas experiencias orales, que yo mismo he tenido no pocas veces al estudiar sobre el terreno mismo los idiomas de los indios norteamericanos, están confirmadas de manera muy clara por experiencias personales de otra índole. En dos ocasiones he enseñado a indios jóvenes e inteligentes a escribir su propia lengua de acuerdo con el sistema fonético de que yo me sirvo. Me he limitado a enseñarles de qué manera debían transcribir fielmente los sonidos en cuanto tales. Los dos muchachos se encontraron con ciertas dificultades para aprender a dividir una palabra en sus sonidos constituyentes, pero absolutamente ninguna para determinar las palabras. Esto último lo hicieron ambos con espontánea y completa fidelidad. En el texto manuscrito en *nootka* (de varios centenares de páginas) que obtuve así de uno de los jóvenes indios, las palabras, prácticamente sin excepción, están aisladas de la misma manera que yo o cualquier otro especialista en lingüística las hubiéramos aislado; y no sólo entidades abstractas indicadoras de una relación como el *that* ['que'] y el *but* ['pero'] ingleses, sino también palabras-frases complejas, como el ejemplo *nootka* arriba citado. Estas experiencias hechas con hablantes o "escribientes" ingenuos son argumentos mucho más serios en favor de la unidad definitivamente plástica de la palabra que una andanada de razonamientos puramente teóricos.

mos dividido, o los dos, quedan en nuestras manos como residuos inútiles y desamparados. En la práctica, este criterio tan modesto presta mejores servicios de lo que pudiera suponerse. En una frase como *it is unthinkable* ['es impensable'], no hay manera de agrupar los elementos en forma diferente, con "palabras" distintas y más pequeñas que las tres indicadas. Pueden entresacarse de allí formas como *think* o *thinkable*, pero como ni *un-* ni *-able* ni *is-un* ofrecen un sentido más o menos satisfactorio, nos vemos obligados a dejar *unthinkable* como un todo íntegro, como una obrita de arte en miniatura. A menudo, pero no de manera invariable, ni mucho menos, se encuentran, añadidas al "sentimiento" de la palabra, ciertas características fonéticas externas. La principal de estas características es el acento. En muchos idiomas, quizá en la mayor parte, la palabra aislada va marcada por un acento unificador, una fuerza especial que se pone en una de las sílabas, a la cual se subordinan las demás. Este papel predominante, inútil es decirlo, puede corresponder a cualquiera de las sílabas de la palabra: la elección depende del genio particular de cada idioma. La importancia del acento como rasgo unificador de la palabra es evidente en ejemplos ingleses como *unthinkable* o como *characterizing*. La larga palabra *paute* que hemos analizado arriba constituye una rígida unidad fonética en virtud de varios factores, los más importantes de los cuales son el acento en su segunda sílaba (*wii-*, 'cuchillo') y la pronunciación borrosa (la "relajación", para emplear el término técnico de la fonética) de su vocal final (*-mü*, indicación de plural de un ser animado). El acento, la cadencia, el tratamiento de consonantes y vocales dentro del cuerpo de una palabra y otros factores análogos son a menudo muy útiles para la demarcación externa de la palabra, pero de ningún modo hay que interpretarlas, según suelen hacer algunos, como causantes por sí mismos de la existencia psicológica de la palabra. Lo único que hacen, a lo sumo, es robustecer un sentimiento de unidad que ya existe por razones distintas.

Hemos visto que la más importante de las unidades funcionales del habla, o sea la oración, tiene, al igual que la palabra, una existencia psicológica lo mismo que una existencia puramente lógica o "abstraída". La definición de oración no es difícil. Es la expresión lingüística de una proposición. Intervienen en ella un sujeto del cual se afirma algo y la afirmación que se hace con respecto a ese sujeto. Sujeto y "predicado" pueden hallarse fundidos en una sola palabra, como en el latín *dico*, o pueden expresarse por separado, como en su equivalente inglés *I say* ['yo digo']; tanto el sujeto como el predicado pueden recibir adiciones diversas, de manera que resulten proposiciones complejas de muchas especies. Poco importa cuántos de estos elementos calificativos (palabras o partes funcionales de palabras) se añadan a la oración: ésta seguirá conservando su unidad, con tal de que cada una de las cosas añadidas venga a caer en su lugar propio y contribuya a la mayor definición del sujeto de la frase o del núcleo del predicado.<sup>9</sup> Una oración como *The mayor of New York is going to deliver a speech of welcome in French* ['El alcalde de Nueva York va a pronunciar un discurso de bienvenida en francés'] se siente inmediatamente como una proposición bien unificada, que no admite una reducción mediante el traslado de algunos de sus elementos, en la forma que tienen, a la oración que precede o que sigue. Hay tres ideas aclaratorias —of *New York, of welcome, in French*— que pueden eliminarse sin menoscabo del flujo idiomático de la oración.

<sup>9</sup> Las "oraciones coordinadas" como *I shall remain but you may go* ['yo me quedaré, pero tú puedes irte'] no pueden considerarse sino muy dudosamente como proposiciones unificadas, como verdaderas oraciones. Son oraciones en un sentido estilístico, pero no si nos ponemos en el punto de vista lingüístico, que es estrictamente formal. El ejemplo citado puede escribirse en esta forma: *I shall remain. But you may go*, la cual está tan justificada intrínsecamente como esta otra: *I shall remain. Now you may go* ['Yo me quedaré. Ahora tú puedes irte']. Entre las dos primeras proposiciones se siente una conexión más estrecha que entre las dos últimas, y ello da lugar a una representación visual convencional que no debe engañar al espíritu analítico.

*The mayor is going to deliver a speech* es una proposición perfectamente inteligible. Pero no podemos ir más allá en el proceso de reducción. No podemos decir, por ejemplo, *Mayor is going to deliver*.<sup>10</sup> La frase, según ha quedado reducida, se resuelve en dos partes: sujeto de la oración (*the mayor*) y predicado (*is going to deliver a speech*). Se suele decir que el verdadero sujeto de una oración como ésta es *mayor a secas*, que el verdadero predicado es *is going* y aun *is*, y que los demás elementos son estrictamente subordinados. Sin embargo, semejante modo de analizar la oración es muy esquemático, y carece de valor psicológico. Es mucho mejor reconocer con toda franqueza el hecho de que muy a menudo no es posible expresar alguno de los términos de la oración-proposición, o ninguno de los dos, mediante palabras aisladas. Existen idiomas que sí pueden expresar todo lo que está expresado por *The-mayor is-going-to-deliver-a-speech* mediante dos palabras, una palabra sujeto y una palabra predicado, pero el inglés no es un idioma tan sintético. Lo que realmente nos proponemos demostrar con todo esto es que, por debajo de la oración completa, existe una oración tipo, una oración viva, con características formales bien fijadas. Estos tipos fijos o cimientos de la oración en el terreno de la realidad pueden estar obstruidos por toda clase de materiales adicionales, tantos como la persona que habla o escribe tenga a bien poner, pero en sí mismos son algo tan rígidamente "dado" por la tradición como los elementos radicales y gramaticales que abstraemos de la palabra completa. A partir de estos elementos fundamentales pueden crearse conscientemente nuevas palabras, por analogía con las antiguas, pero es muy difícil que lleguen a crearse nuevos tipos de palabras. De la misma manera se están creando sin cesar nuevas oraciones, pero siempre de acuerdo con esquemas estrictamente tradicionales. Sin embargo, por regla general, la fase agrandada deja bastante libertad para el

<sup>10</sup> Excepto, quizá, en un encabezado de periódico. Pero semejantes encabezados no son lenguaje sino por extensión.

empleo de lo que podemos llamar partes "no esenciales". Este margen de libertad es lo que hace posible un estilo individual.

La asociación habitual de elementos radicales, elementos gramaticales, palabras y oraciones con conceptos o grupos de conceptos que se relacionan en unidades más complejas es lo que constituye el hecho mismo del lenguaje. Es importante observar que en todas las lenguas existe cierta libertad de asociación. Por ejemplo, la idea de 'ocultar' puede expresarse en inglés no sólo mediante la palabra *hide*, sino también con la palabra *conceal*, y la idea de 'tres veces' con las palabras *three times* y *thrice*. Todo el mundo coincide en ver en esta expresión múltiple de un solo concepto una fuente de vigor y de variedad lingüística, no una inútil extravagancia. Más fastidiosa es una correspondencia anárquica entre idea y expresión lingüística en el terreno de los conceptos abstractos y de relación, sobre todo cuando el concepto se encarna en un elemento gramatical. Por ejemplo, yo me imagino que la anarquía de la expresión de pluralidad en palabras como *books* [plural de *book* 'libro'], *oxen* [plural de *ox* 'buey'], *sheep* [plural de *sheep* 'oveja'] y *geese* [plural de *goose* 'ganso'] se siente mucho más como una necesidad inevitable y tradicional que como una riqueza provechosa. Evidentemente, un idioma no puede llegar sino hasta cierto punto en esta clase de formas anárquicas. Es verdad que muchas lenguas llegan increíblemente lejos en tal respecto, pero la historia lingüística demuestra de manera concluyente que, tarde o temprano, las asociaciones que aparecen con menor frecuencia quedan eliminadas a expensas de las más vitales. En otras palabras, todos los idiomas tienen una tendencia inherente hacia la economía de la expresión. Si esta tendencia fuera enteramente inoperante, no existiría gramática. La existencia de la gramática, rasgo universal del lenguaje, no es sino la expresión generalizada del sentimiento de que conceptos y relaciones análogos se simbolizan de la manera más conveniente mediante formas análogas. Si alguna vez llegara a haber una lengua completamente "grama-

tical", sería una máquina perfectísima de expresión conceptual. Por desgracia —o por fortuna—, ningún idioma es tiránicamente coherente. Todas las gramáticas tienen sus escapes.

Hasta aquí hemos estado suponiendo que el material del lenguaje refleja simplemente el mundo de los conceptos, y también —sobre el plano que yo me he arriesgado a llamar "pre-racional"— el mundo de las imágenes, que son la materia prima de los conceptos. En otras palabras, hemos dado por supuesto que el lenguaje se mueve por completo en la esfera de la formación de ideas o del conocimiento. Es hora de que amplifiquemos nuestro cuadro. En el lenguaje se atiende también explícitamente, en cierta medida, al aspecto volitivo de la consciencia. Casi todas las lenguas poseen medios especiales para expresar órdenes (por ejemplo mediante las formas imperativas del verbo) y deseos, irrealizables o no realizados aún ("¡Ojalá viniera!", "¡Ojalá ya estuviera aquí!"). Las emociones, en su conjunto, parecen haber recibido un medio de expresión menos adecuado. Es verdad que, como proverbialmente se dice, la emoción tiende a expresarse en silencio. Casi todas las interjecciones, si es que no todas, tienen que ponerse en el renglón de la expresión emocional, y otro tanto hay que decir quizá de muchos elementos lingüísticos que expresan ciertas modalidades, por ejemplo las formas dubitativas o potenciales, que pueden interpretarse como reflejos de los estados afectivos de vacilación o de duda, es decir, de miedo atenuado. En términos generales, es preciso admitir que la ideación reina soberanamente en el lenguaje, y que la volición y la emoción están en él como factores secundarios. Lo cual, en resumidas cuentas, es perfectamente comprensible. El mundo de la imagen y del concepto, el cuadro interminable y siempre cambiante de la realidad objetiva es el tema forzoso de la comunicación humana, puesto que sólo dentro de ese mundo, o principalmente dentro de él, es posible la acción efectiva. El deseo, el propósito, la emoción son el color personal del mundo objetivo; son cosas que pone de su parte el alma

individual, y carecen relativamente de importancia para el prójimo. Pero esto no quiere decir que la volición y la emoción no se expresen. Hablando en sentido estricto, nunca están ausentes del habla normal, pero su expresión no es de índole auténticamente lingüística. Los matices de énfasis, de tono y de fraseo, la variable rapidez y continuidad de lo que se dice, los movimientos corporales que acompañan al discurso, todas estas cosas expresan algo de la vida interna de impulsos y sentimientos, pero como estos medios de expresión, en último análisis, no son sino formas modificadas de la expresión instintiva que el hombre comparte con los animales inferiores, no se les puede considerar como elementos de la concepción cultural esencial del lenguaje, por inseparables que sean de su vida real. Y esta expresión instintiva de la volición y de la emoción es suficiente en su mayor parte, y a menudo más que suficiente, para las finalidades de la comunicación.

Existen, es verdad, ciertos lingüistas especializados en la psicología del lenguaje<sup>11</sup> que niegan su carácter preponderantemente cognoscitivo, y que, por el contrario, tratan de demostrar que el origen de la mayor parte de los elementos lingüísticos está dentro del terreno del sentimiento. Confieso que me es imposible compartir sus ideas. Lo que hay de cierto en sus argumentos puede resumirse, a lo que creo, diciendo que la mayor parte de las palabras, como prácticamente todos los elementos de la consciencia, tienen un tono afectivo asociado con ellas, una huella leve, pero muy real, y a veces insidiosamente potente, dejada por el placer o el dolor. Sin embargo, por regla general, este tono afectivo no es un valor inherente a la palabra misma; es más bien una excrecencia sentimental en el verdadero cuerpo de la palabra, en su mollo conceptual. El tono afectivo no sólo puede cambiar de acuerdo con las épocas (lo cual, por supuesto, ocurre asimismo con el contenido conceptual), sino que varía notablemente de individuo a individuo según las aso-

<sup>11</sup> Por ejemplo el brillante filólogo holandés Jac van Ginneken.

ciaciones personales de cada uno, y varía, desde luego, en la consciencia de un solo individuo de un momento a otro a medida que sus experiencias lo van modelando y a medida que cambia su estado de ánimo. Existen, por supuesto, tonos afectivos o categorías de tono afectivo que la sociedad sanciona para muchas palabras, por encima y más allá de la fuerza de la asociación individual, pero, en todo caso, éstas son cosas sumamente variables e imprecisas. Pocas veces tienen la rigidez del hecho central y primario. Por ejemplo, todos convenimos en que *storm* ['tormenta'], *tempest* ['tempestad'] y *hurricane* ['huracán'], prescindiendo de sus ligeras diferencias de significado real, poseen tonos afectivos diferentes, captados de manera más o menos equivalente por todos los hablantes o lectores de inglés que tengan alguna sensibilidad. Sentimos que *storm* es una palabra más general y decididamente menos "pomposa" que las otras dos; *tempest* no sólo se asocia con el mar, sino que es posible que, en muchos espíritus, tenga un brillo suavizado a causa de una asociación concreta con el gran drama de Shakespeare; *hurricane* es término mucho más directo que sus sinónimos, con connotación de cosa más horrible. Sin embargo, es seguro que los tonos afectivos individuales que matizan estas tres palabras varían enormemente. A algunos, *tempest* y *hurricane* podrán parecerles palabras "blandas", literarias, mientras que *storm*, más simple, tendrá para ellos un valor fuerte y áspero que las otras no poseen. Si en nuestra infancia hemos leído libros que hablan del Mar Caribe, es seguro que *hurricane* tendrá para nosotros un tono agradablemente vigoroso; y si hemos tenido la mala suerte de quedar cogidos por un huracán, no es muy remoto que sintamos la palabra como algo frío, lóbrego, siniestro.

Hablando estrictamente, los tonos afectivos de las palabras no son de ninguna utilidad para la ciencia; para el filósofo que desea llegar a la verdad y que no quiere tan sólo persuadir, son sus más insidiosos enemigos. Pero pocas veces está ocupado el hombre en la ciencia pura, en el pensamiento por sí mismo. Por lo

general sus actividades mentales están bañadas en una cálida corriente de sentimiento, y se vale de los tonos afectivos de las palabras como de dóciles instrumentos que le ayudan a llegar a la deseada excitación. Son, por supuesto, sumamente valiosos para el artista literario. Es interesante observar, sin embargo, que aun para el artista representan un peligro. Una palabra cuyo tono afectivo habitual está aceptado de manera demasiado unánime se transforma en una especie de comodín, en un *cliché*. A cada momento, el artista literario tiene que luchar contra el tono afectivo para que la palabra signifique lo que desnuda y conceptualmente tiene que significar, pues quiere que el efecto sentimental dependa de la fuerza creadora de una yuxtaposición individual de conceptos o imágenes.